



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

A Joaquín, Fernando  
y Manuel Dicenta.

## PRIMERA PARTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Las estrofas de su romántico poema acababan de ser desgarradas a puñalazos por la realidad. Aquel joven que, perdida en los comienzos, por un acto de rebelión, su militar carrera, había llegado a Madrid ignorante de lo que la vida es, habiéndola leído sólo en libros embusteros, en leyendas y narraciones tan abarrotadas de lirismo como desprovistas de sinceridad; aquel mozo, soñador y fantástico, con alma de artista y ribetes de caballero andante, cayó entre las aspas de sus encantados molinos y, tras rudo volteo, dió por tierra con las ilusiones, si no con las costillas, rotas.

A su arribo a Madrid, recibióle compungida su madre, viuda de un soldado que pagó a la guerra su escote. Para la viuda, que el hijo, siguiendo las huellas del esposo, ostentara marciales estrellas sobre la bocamanga, no significaba únicamente el amor propio

satisfecho: significaba el porvenir del hijo resuelto, la felicidad suprema para una buena madre, la que estriba en aguardar la muerte, sabiendo que el cacho de entraña dejado encima de la tierra queda a salvo de miserias y humillaciones.

Tales esperanzas se vinieron abajo con la rebeldía del mozo. ¡Dos años perdidos! ¡Tomás expulsado de la Academia cuando sus estudios estaban a punto de finar! Y gracias a que, por obra de los ruegos y la influencia maternas, no purgó en un presidio su acto de rebeldía.

Había que recomenzar la labor, que dar nueva carrera al hijo. ¿Cómo iba hacer esto quien para los estudios preparatorios, ingreso y permanencia de Tomás en la militar Academia, gastó los pingajos últimos de una hacienda por malas empresas arruinada? ¿Cómo recomenzar la costosa faena quien sólo contaba con las 1.080 pesetas que por viudedad corresponden a la esposa de un comandante?

Doña Dolores era fuerte, abnegada. Cumplidamente lo probó sacrificando su hermosa e inteligente juventud al guerrero inválido, incapaz para las luchas de la vida, incapaz para el amor también — sus heridas le privaron del juicio —. Durante siete años llevó la mujer sobre su frente, amplia, de blanco y suave cutis, aquella corona de espinas, y cargó a hombros su cruz, y subió con ella, guijarro a guijarro, el calvario de la agonía de su esposo.

El mito cristiano revive al Nazareno en el tercero día para transportarlo a un cielo de felicidades eter-

nas y eternas bienandanzas. La realidad impuso a Dolores, tras la cruz del padre, la del hijo. Sobre el sepulcro del inválido se alzaba la imagen de Tomás, del chicuelo que, llorando inconscientemente, por contagio, porque miraba el llanto en otros, parecía decir a su madre con el parpadeo de sus ojos azules: «No dejes caer los brazos. Aun resta faena. Tiende esos brazos hacia mí, cógeme con ellos, sostenme con ellos, y ¡arriba por la cuesta conmigo!...»

Arriba fué, peleando en modesta y brava heroína.

A los fines de preparar y cimentar el porvenir de su Tomás, no omitió sacrificio. Sus manos señoriles, hechas al esmero y al ocio, se embastecieron en labores manuales; sus ojos castaños, punteados con chispas de oro, perdieron brillo en su ir y venir sobre la aguja; su antes erguido talle fué encorvándose por decretos del trajín costurero; sus negros cabellos blanquearon hasta volverse plata, regio manto de plata que, cuando doña Dolores se peinaba frente al espejo, caía desde sus hombros hasta el remate de sus corvas; se cubrió su frente de arrugas; empalidecieron sus labios. De la pasada hermosura restó sólo una vieja obrera enlutada, sobre cuya frente resplandecía, como una aureola, el maternal amor.

Cuando, terminados brillantemente sus estudios preparatorios, ingresó Tomás en la Academia de Artillería, fué gran dicha la de doña Dolores; mayor aún dos años más tarde, al volver por vacaciones a su casa Tomás con la estrella de alférez sobre la boca-manga azul. Por todos los cuerpos de guardia, co-

gida a su brazo, le obligó Dolores a pasar luciendo el uniforme. ¡Y qué orgullo el suyo al terciar los centinelas sus fusiles!... ¡Y qué vanidad al cuadrarse los soldados!... ¡Y qué gesto de admiración cuando Tomás, firme sobre los pies, vuelta la mano contra el ros, devolvía el saludol!...

Veía al joven de teniente a los diez y ocho años; de capitán luego, comandando una batería. También le contemplaba en sus ensoñares — esto con un miedo que erizaba su piel — sobre los campos de batalla, frente al enemigo, afinando la puntería de las piezas, dando la voz de fuego, decidiendo en un arresto heroico la suerte del combate, ganando la acción él solito y presentándose, con modestia, claro, pero con legítimo orgullo, al general en jefe, quien le prendía la laureada contra el pecho.

Con su bravura y con su genio iba, en la maternal fantasía, ganando el mozo las escaleras de la Fama. General sería muy joven. ¿Quién sabía, quién sabía si dentro de él no gestaba otro Napoleón? Artillero fué el corso, del cual tenía Tomás el perfil cesariano, la frente en hechura de torreón y los ojos profundos.

Napoleón, tras sufrir seis meses de castillo, volvió a su domicilio vestido de paisano.

Tremendo fué el desengaño de la madre; copioso el caudal de sus lágrimas. Pronto, así y todo, se rehizo; que era tanta su abnegación como su firmeza.

— ¡Vaya, Tomás, no hay que apurarse! — dijo apretando contra su corazón y cubriendo de besos

al hijo, que lloraba con ella —. Fué un mal pronto. ¿Quién de ellos está libre? ¡Yo misma, y soy mujer!... Bien lo sabes tú: los nervios se apoderan de mí, ciego y me pongo en condiciones de hacer un disparate. Tu padre tampoco era de almíbar; de suerte que a los tuyos saliste. A más, que tu capitán se excedió. Así me lo han asegurado personas de juicio. Cierto que la disciplina militar es como es; pero tampoco ibas a aguantarte. Ante todo, eres hombre. Lo principal es que hayas librado del presidio. El castillo también sería mala cosa. Tristes ratos llevé mientras te tuvieron allá. En fin, ya pasó. Ahora, a reponerte. Una vez repuesto, a pensar en otra carrera. Descontando la viudedad, no están paráliticas mis manos; no falta la luz a mis ojos. Trabajo de prisa; según amigas y tenderos, soy una eminencia en lo de bordar y cortar vestidos. Ya me lo pagarás cuando seas médico, abogado, o lo que te dé la gana de ser.

— No, madre mía, no — repuso Tomás secándose los ojos y retorciendo con mano febril las guías de su bigotillo —. Has cumplido tu obligación con creces ayudándome y sosteniéndome en la carrera que elegí. Por mi culpa la pierdo. Sería vergonzoso, indigno de mí, imponerte nuevos sacrificios. Vengo resuelto a ganar mi vida; a no ser para ti una carga.

— ¡Pero, hijol!...

— Voy a cumplir diez y nueve años. Tengo instrucción, hablo un par de idiomas. No estoy desarmado para la lucha. Lucharé, y triunfaré. Deja, madre, que empiece a vivir por mí propio, que vaya

abriéndome camino para que vivas de mí en la ancianidad, como de ti he vivido durante la niñez.

— ¡Si no hace falta! ¡Si yo puedo!...

— Mejor podré yo; soy más joven. Además, viejita de mi alma, además, tengo aquí, dentro de la cabeza, un vanidosillo que me lleva a la pelea por el arte. Conoces algunos de mis versos, malos, naturalmente...

— ¡Muy bonitos! Me los sé de memoria y se los recitó a mis amigas. Les parecen de perlas.

— ¡Pues ni siquiera son de aljófara!; aquéllos, ¿sabes tú? En estos seis meses he adelantado mucho. La soledad y la desgracia hacen buenos poetas. Ahí traigo un montón de cuartillas. Ya las escucharás. Probaré con ellas fortuna. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe!, decías cuando soñabas en que fuera yo otro Napoleón, al que, según tú, me parezco. Napoleón ha fracasado; quizás surja del fracaso un Alighieri. También Dante tenía cesariano el perfil, atorreonada la frente y los ojos profundos.

— ¡Loco, más que loco!...

— Es soñar unas miajas, madre. Sin perjuicio de entregarme a estas fantasías, andaré por la realidad. Se hace pan con los versos, pero ese pan tarda mucho en cocerse. Entretanto, buscaré el cotidiano y prosaico cocido. Traduciré obras, escribiré pliegos para notarios, procuradores y abogados, copiaré los dramas ajenos aguardando ocasión de que representen los míos. Algo haré. Si no heredé tus bondades, heredé tu energía, tu constancia, tu voluntad. Con

ellas iré donde sea preciso. De todo me siento capaz, menos de sujetarme al trabajo monótono de una oficina, o de vivir a tus expensas.

— Bueno, bueno; ya hablaremos de eso más tarde. Ahora ve a tu cuarto, aséate en tanto deshago la maleta, y después a almorzar, que el viaje no es corto y traerás apetito.

Mientras Tomás refrescaba el cuerpo y dejaba ir la fantasía por los campos de la quimera, su madre, hundiendo el rostro en los uniformes del hijo, lloraba silenciosamente, enterrando un futuro deshecho, temiendo por la vida nueva que el hijo había de empezar a labrarse.

¡La vida nueva! Duros fueron los comienzos para el joven; su constancia le proporcionaba recursos, si escasos y obtenidos en ocupaciones humildes, vejatorias a veces, suficientes para no ser a su madre gravoso. Ganaba, como ofreció a su arribo, el pan que comía, y, según lo ganaba, iba alzando en las alas de su imaginación la hostia de sus comuniones artísticas. Mil veces la vió escarnecida, sin fieles que ante ella hicieran, no ya una reverencia, un cortés ademán.

¡No importaba! Era joven. Mientras llegaba el porvenir, soñaba con él, con sus poemas, con sus dramas y con el arribo de una mujer que, al igual de las heroínas por él admiradas en sus predilectas lecturas, fuese criatura de exquisiteces hecha. Ante ella se prosternaría el poeta, brindándole sus lauros; asido a ella caminaría por el mundo; juntos flotarían en alada pareja, que se besaría entre neblinas de ópalo.

Así eran las damas de amor dibujadas por los poetas de su culto. Así advendría la dama de sus ensueños, al encuentro del joven. Así la vió, así la juzgó, así la amó, así se ofreció delante de sus ojos.

Unido Tomás por lazos de no próximo parentesco a una acaudalada familia, hubo de visitarla cuando, a los comienzos de octubre, llegó esta familia a Madrid en retorno de su veraniega excursión.

De extranjerías playas arribaban la viuda de Aldamaro y su hija Isabel, que contaba veinticinco años. Tomás conservaba de ella infantiles recuerdos: una cabellera rubia descolgando al ras de unos alabastriños hombros; unos ojos de color verde pálido, y una boca húmeda que le besaba glotonamente en los carrillos.

No recordaba más; corrían sus doce años entonces; desde aquella fecha, por estancias de la viuda en París, o por ausencias de Tomás, que motivaron sus estudios preparatorios y sus tres años de Academia, no habían vuelto a verse.

Cuando entró en el gabinete donde Mercedes Aldamaro, guapa mujer a despecho de sus cincuenta, le recibió con toda familiaridad, quedó sus miras deslumbrado por el lujo que a la habitación presidía. No tuvo ocasión de contemplar habitaciones tan fastuosas más que en páginas de novela y en las estrofas donde «sus trovadores» describían palacios encantados y sin encantar, contruídos unos por duendecillos, otros por supremos artifices, que suplían con su genio la magia.

Confuso estuvo durante buen espacio de tiempo, que no es lo mismo para un pobre arrostrar con la imaginación el espectáculo de la riqueza, desde las páginas de un libro, que darse de bruces con ella en la realidad, cuando a ella se llega desde la estrechez de un sotabanco.

El oro de las cornucopias y consolas, bruído por los reflejos de una lámpara eléctrica; las pinturas maestras, que entre marcos primorosos lucían; las sedas y tallas del sillaje; el primor de las estatuillas y caprichos que por vitrinas y mesas descollaban; las figuras de héroes y ninfas recortados, como si vivos fueran, sobre el fondo de los tapices..., toda esta fastuosa y elegante decoración, sumándose al espectáculo que ofrecía la cincuentona, rejuvenecida por el estuco, semicaída contra un diván y envuelta en encajes y cachemiras, cortaron el avance del joven. Paró en el centro del gabinete y se inclinó ante la de Aldamaro en muda cortesía.

— Acércate, hombre, acércate — dijo la dama con tono afectuoso—. Acércate acá, calaverón, mal genio, simpático rebelde. Te esperábamos. Ahora vendrá Isabel. ¿Sabes que eres todo un buen mozo? ¡Lástima que hayas perdido el uniforme!; ayuda a las conquistas. Aun sin él, muchas harás en este mundo. Aquí tienes silla, á mi lado.

No llegó a sentarse. Antes de hacerlo mostrósele, como aparición, por entre los pliegues de un tapiz, una imagen que a poco le hace caer de rodillas.

Salió de la sombra que arrojaba el tapiz contra los

vanos de la puerta, con paso tan breve, con deslizamiento tan suave, que parecía la suya flotación, marcha aérea de una criatura extrahumana modelada con átomos de sol y con partículas de nieve.

Cabellos de un rubio cenizoso, hermanos en matiz de los rayos que la aurora deshebra sobre las alburas celestes, se partían sobre su frente virginal, bordeaban sus sienas respunteadas con venitas azules, ondulaban sobre su cabeza de latino dibujo y morían, encrespándose en ricillos rebeldes, contra su nuca, donde tonos lechosos y tonos color rosa se confundían para formar un nácar.

Los ojos, de opalinos cambiantes, se abrían bajo unas cejas de oro; la nariz se transparentaba hacia las ventanillas; la boca, un poco grande, se fruncía con gravedad; la barba remataba en hoyuelo; de él partían suaves modelajes, por cuya obra era la carne raso, para dibujar una garganta virginal difuminada en sombras rosáceas hacia el arranque de los hombros.

Por éstos descolgaba la túnica; amplia túnica de flexible urdimbre que, sujeta a la cintura por una gasa caída hasta los pies, envolvía la imagen, plegándose y replegándose sobre ella como un cacho de cielo desgarrado para el vestido de una virgen.

Llegó a Tomás lo que para él continuaba siendo aparición, y con voz dulcísima dijo:

— Sin previo anuncio te hubiera conocido. Eres el mismo de hace ocho años. No cambió tu cara; me parece el chicuelo a quien yo trataba en mamá.

Y se inclinó hacia Tomás con los brazos tendidos.

En la inclinación se detuvo. Sus mejillas se empurpuraron, sus claros ojos descendieron a tierra; hizo dos pasos atrás y murmuró, cubriendo el rostro con sus manos, que hubiera mendigado para copia de su pincel el Greco:

— No, no eres el mismo. Eres todo un hombre, Tomás.

El idilio empezó, por parte de Tomás aquella noche, en el mismo segundo en que Isabel se le apareció en la abertura del tapiz.

Al llegar a su casa, al dar a su madre el nocturno beso de adiós, hubo de despertarla, de tomar asiento junto a ella, de contarle detalle a detalle su visita a las Aldamaro. Necesitaba hablar de «ella», seguir hablando de «ella», monologear a propósito de «ella» hasta que le rindiera el sueño. En sueños se le reapareció Isabel con su andar vaporoso, con su cabellera oro pálido, con sus ojos en éxtasis, con su boca fruncida en prólogo de beso, con sus manos de puntiagudo remate extendidas hacia él, con su cuerpo de virgen, envuelto, como por un jirón de cielo, por la túnica azul.

— Sí, sí, — dijo la madre —; la casa es magnífica; viven con estupendo lujo: dos troncos, caballos de montar, automóvil. Hace un año han vuelto a flotar; porque dieron un gachapazo grande. Mercedes siempre fué una mala cabeza, una manirrota; pulveriza los billetes de banco. Temí que viniesen abajo para no alzarse más; pero se rehicieron. Les habrá caído alguna herencia. Mercedes tiene parientes en América.

Como ahora las trato poco, no sé nada de hijo; algo por ese aire será. Les estoy muy agradecida: me encargan sus labores, y no han olvidado que en otros tiempos fui su igual. A ti te quieren mucho. Isabelita es encantadora. De niña era un ángel. Tu padre siempre andaba a vueltas con ella. Hasta que naciste, por supuesto. Desde entonces los arrumacos y las debilidades de mi pobre Francisco fueron para el pícaro mamoncete. ¡Si pudiera verte hoy! Con delirio te amaba. Su propio retrato eres. ¡Ay—continuó llorando—, Dios te dé más suerte que alcanzó aquel hombre, modelo de bondad y honradez! Con buena o mala fortuna, imítale siempre, hijo, porque fué un caballero.

Casi a diario, con un pretexto u otro, acudía Tomás a casa de las Aldamaro, donde era favorablemente acogido. Acaso fueran ilusiones de su deseo; pero el mozo creía que no sólo favorablemente, amorosamente le acogía Isabel. Así parecían manifestarlo sus miradas cuando se encontraban con las de Tomás; así sus acariciadoras sonrisas; así el rubor en que al dialogar con él se encendía. Mil veces anduvo el «Te amo» revoloteando por la boca del joven; otras mil volvió a recogerse cobarde en el fondo de su alma. ¡Aguardaba Isabel aquel «Te amo?» Dijérase que sí al ver la caricia de ojos con que envolvía a su amador cuando éste, inclinándose hacia ella, poniendo muy cerca del oído de ella la boca, movía los labios para pronunciar el «Te amo» que siempre quedaba entre los dientes prisionero.

Era costumbre en las Aldamaro habitar una finca, que poseían en la sierra andaluza, casi todo el octubre y una quincena del noviembre. Como Tomás, debido a la prisión y a los disgustos que tuvo antes y después de sufrirla, andaba flojo de salud, le invitaron a ir con ellas al campo. Allí se repondría. Nada, que no toleraban excusas. Saldrían juntos de Madrid y volverían también juntos.

—¿Es que no quieres venir conmigo? ¿Es que no te importa separarte de mí?—preguntó Isabel a Tomás.

—¡Separarme de ti! Por una temporada, la separación sería mi desdicha. Por vida, mi muerte.

—¡Pues ven!

Juntos partieron, no ya en amigos, en amantes. Tras el «¡Pues ven!» de ella, el «¡Te amo!» de él vino rematando en un beso tímido, dado por Tomás sobre las manos de la joven con mística unción, entre aire y piel.

Por primera vez amaba el soñador. No fué amor el que le inspiraron las mozas de cántaro y las costurerillas a quienes disfrutara cuando vestía el uniforme; no fué amor quien le llevara en galanteo hacia las señoritas cursis que ornamentan los domingos, después de misa, la plaza del segoviano Alcázar. Recurso material las unas, pasatiempo las otras, mal pudieron dejar rastro alguno en el espíritu del mozo.

Virgen de alma se entregó Tomás a Isabel. Fué su adoración por ella éxtasis de místico ante las imá-



genes que adornan los altares y se dan al esclavo entre nubes de incienso y rayos pálidos de luz, cernidos por el vidriaje de la ojiva, por la policroma cristalería del cincelado rosetón.

Allá, muy lejos, a distancia imedible, entreveía un minuto glorioso; en él descendería a sus brazos la amada, pagándole con una plena entrega su voluntad esclavitud.

Así aguardan los místicos en sus adoraciones. Así debía ensoñar la Teresa de Ávila al desvanecerse a los pies del Cristo; así Juan de la Cruz al hundir su rostro en la túnica de las tallas virgíneas; así fray Angélico mientras dibujaban sus pinceles a las elegidas jehovianas, mientras su paleta espiritualizaba las entonaciones del color hasta conseguir que la carne fuera algo inmaterial, ajeno a la vibración del deleite.

Isabel le pertenecería, pero cuando la mereciera, cuando, tras ir arrojando a sus pies las hojas de laurel recogidas en su duro viaje a la gloria, alcanzara la cima, imponiéndose a las multitudes, cegándolas con el esplendor de su genio, siendo el poeta hecho dios por el beso de la inspiración y el aval de la Fama.

La Poesía, engalanada con su manto de armiño, ceñida por joyeles donde se prismaría el sol, por guirnaldas que concertarían los matices del iris, se mostraría a Tomás con su corte mágica de bellezas, con su escolta de trovadores y juglares. Llegaría junto al poeta, caería éste de hinojos y la inmortal pondría en sus sienes la corona de laurel y mirtos

que tejen las musas en las parnasianas estancias con sus blancos dedos de marfil.

Entonces, cuando proclamara la victoria su nombre, iría el poeta a la presencia de Isabel, y desciñéndose la corona, adelantándola con sus dos manos, arrastrándose a los pies de la hermosa, murmuraría: «¡Tenla! Por ti y para ti la gané; acoge al hombre que supo para tí conquistarla; dame a cambio de ella, de mí entero, la carne y el alma de tu amor.»

Mientras llegaba este minuto, seguía adorando a Isabel, entonando junto a ella esperanzados himnos, gozando las caricias de sus ojos profundos, viendo ir y venir contra la seda de su túnica los pechos redondos que los alentares de la virgen alzaban en ofrenda.

Solos, hasta horas altas de la noche permanecían en el gabinetito, semialumbrado por las transparencias de una lámpara color violeta. Descendía la luz, misteriosa, lasciva, extendiéndose por la estancia como una neblina nupcial, desdibujando el diván donde asentaban los amantes, hasta darle contornación de lecho.

La madre de Isabel se recogía pronto. Solos quedaban, entregados a sus adoraciones. En más de una ocasión sorprendióles la aurora hablando por lo bajo o en profundo silencio, con las manos juntas y las pupilas enfrentadas, atrayéndose, penetrándose, ayuntándose en un espasmo de reflejos, en una cópula de luz.

¡Cuántas veces la cabecita rubia, resbalando por el respaldo del diván, vino a caer sobre el hombro del

joven y quedó vuelta hacia él, rendida al goce de sus ojos! ¡Cuántas otras, sus manos, ardientes por las palmas, apretaron las de Tomás, atrayéndole hacia su cuerpo, que desmayaba contra los árabes cojines!... ¡Cuántas se hincaba él de rodillas y hundía su frente en los bordes de la túnica azul!...

Isabel, dominada por el ensueño acaso, acaso arrastrada por los candores de su virginidad, dábase en inconsciente impulso. Pero fuera indigno de un amor como el de Tomás aprovecharse de aquella candidez, de aquella divina inconsciencia, para poseer a la amada, para deshojar prematuramente la flor que el poeta necesitaba conservar en capullo. Abriría y aspiraría aquella flor el día en que, conquistada la gloria, hiciese de su hogar tabernáculo.

Por eso, cuando la cabeza rubia se reclinaba en su hombro, cuando los cabellos de Isabel cosquilleaban en sus labios, Tomás se contentaba con besarlos, sólo con besarlos, con besos rápidos que apenas la mujer percibía; por eso, cuando las manos de ella le atraían hacia su cuerpo, manteníase firme; a lo sumo recorría con dedos temblones los desnudos brazos de alabastro; por eso, cuando caía ante ella de hinojos, cuando hundía el rostro en la túnica, lo hundía a ras del suelo, donde la túnica rozaba con los pies; contra ellos apretaba su boca en gesto de creyente que pide la felicidad a un icono.

¿Qué juventud no vivió este momento imbécil y divino? Todos, más o menos, según nuestra imaginación, según el ambiente que en la juventud respiramos, he-

mos sentido esa unción, ese miedo que nos hacen repugnar el adueñamiento de la criatura adorada.

Entra la juventud en su primer amor como entra un niño por vez primera en un jardín. Vería las flores, encantaríanle sus matices, acercaría a ellas para respirar el perfume que de ellas emergiese, para recrear sus pupilas en la gama multicolor, abierta en hojas sobre el aire. Sentiría el ansia de cortar las flores del tallo, de abrirlas, de recoger plenamente su esencia; pero se detendría sin consumir la acción, por creer a las flores algo inmaculado que sus manecitas no podían tocar sin crimen. Más adelante sabría que algunas, muchas de aquellas flores, estaban mordidas por el diente de los insectos, profanadas por la libación de las mariposas; que era fácil cogerlas, aspirarlas, ir pasándolas de mano en mano, hasta que se deshojaran, faltas de color y perfume. En la visión primera, no. Después hasta flores purísimas, no maculadas, se tronchan sin piedad, se aspiran un minuto y se arrojan con desprecio por tierra... ¡Cuántas espinas necesitan punzar la carne para que advenga ese «después»!

Y no era que el deseo y la varonía estuvieran muertos o aletargados en Tomás. Con bravura hervían en su sangre y vibraban entre sus nervios. Pero dominarlos, ¿no era un deber, un título al premio anhelado por su mística esclavitud?

Una noche, al despedirse Tomás de Isabel para encaminarse al pabellón, la joven le siguió hasta el pasillo. Quedó al término de éste con los brazos ten-

didos, los labios entreabiertos y los ojos supliendo los llamamientos de la boca.

Tomás huyó; huyó sin volver la cabeza. Estaba cierto de que al volverla, todo él volvería en busca de la amada. Huyó con el deseo retorciéndosele en la sangre, con el ansia de la posesión golpeando su medula.

A la entrada del pabellón dormía una sirvienta, moza apuesta que en los veinticinco se andaba. Siempre que Tomás pasaba cerca de ella, sonreía pícaramente. Al acostarse dejaba abierta la puerta de su alcoba. Aquella noche fué aprovechada la franquía.

Lo supo por una de esas casualidades que siempre acuden al alcahueteo del desengaño.

La virgen de sus románticos ensueños, la que andando el tiempo presidiría sobre un altar la coronación del artista, no era virgen más que en la fantasía de éste. El retorno de las Aldamaro a la buena fortuna basábase en las generosidades de un prócer, ya machucho, que, a cambio de las mercedes de Isabel, deshipotecó la apolillada hacienda e impuso a nombre de la bella un millón de pesetas en el Banco de España. La compra fué cara, pero el prócer era rico y la prenda merecía el dispendio.

En Tomás no se vió, por parte de las Aldamaro, más que un editor responsable, un mozo falto de experiencia y caudales que, engañado al principio, convencido acaso más tarde, entraría por todo legalizando la ambigua situación de Isabel.

En esto se pensó con asentimiento del prócer.

Podían venir hijos; era menester prevenirse. Solos una hora y otra Isabel y Tomás, sucedería lo corriente en soledades de tal índole. Sería menester acudir al remedio; hecha la boda, como sobre ruedas andarían los tres.

No disfrutó siquiera Tomás el angustioso consuelo de la duda. Las pruebas fueron irrecusables; su propia madre, celosa del honor del hijo, le puso la verdad enfrente de los ojos.

— No seas tonto — hubo de decirle un amigo —. Ya que te enteraste, da al maestro cuchillada. Hazte el desentendido; aprovéchate. Después... «si te vi no me acuerdo».

— No — respondió Tomás —. Hay algo más horrible que ver hundirse un ideal: hundirse con él.

Estuvo gravemente enfermo, presa de una fiebre acompañada de delirios, que le puso en trance de morir. Salváronle, con auxilio del médico, su robusta constitución y los cuidados de su madre. Cuando abandonó el lecho, cuando entró en la convalecencia, dijo a doña Dolores:

— Gracias, madre mía; muchas gracias por tus cuidados. Ahora una súplica: no volváis tú ni nadie a hablarme nunca, ¡nunca!, de esa mujer.

Por muerta la dió, enterrándola en su pensamiento con paletadas de odio. La puso por inscripción una sonrisa escéptica y buscó remedio a su desengaño en amores de baja estofa.

Un romanticismo a la inversa se había apoderado de él.